

EL TRANSFORMISMO Y SUS ECOS

Patricio Oyaneder Jara

A Marco Antonio Allendes de la Cuadra,
colega entrañable.

1. La historia del pensamiento occidental es, en el fondo, la recapitulación de las diversas maneras a través de las cuales el hombre de esta cultura ha concebido la realidad.

La realidad no es objetividad que esté ahí, a la espera de ser conocida tal cual, sino que resulta, según cada época, de la elaboración que el hombre hace del material que va conociendo. Esa elaboración otorga una coherencia a dicho material de modo tal que sus componentes adquieren un determinado sentido, lo que permite al hombre comprender el mundo y entenderse a sí mismo.

Por cierto, a lo largo del desarrollo de lo que llamamos cultura occidental ha habido cambios en la manera de entender la realidad y en la imagen del hombre resultante, cambios que han tenido una velocidad de maduración variable. Parece evidente, sin embargo, que en nuestro siglo la rapidez de esos cambios, por variadas razones, ha sido mayor. En cualquier caso, el siglo comenzó marcado ya por uno de los quiebres más importantes en la imagen del hombre de los que han ocurrido en la historia de Occidente: me refiero a la herencia dejada por la paulatina consolidación del transformismo en la segunda mitad del siglo XIX, que

llegó a los albores de la presente centuria en medio de la disputa entre darwinistas -partidarios de que la evolución discurría por procesos de variación acumulativos y casi imperceptibles- y mutacionistas -los que sostenían que la evolución se producía por cambios repentinos (mutaciones), sin mayor nexo necesario con el desarrollo antecedente-.

Digamos, de paso, que la denominación “darwinismo” había pasado a ser sinónimo de “evolucionismo”, aun cuando la pretensión de sus títulos para tal sinonimia podía ser discutida.

Como fuere, lo que había ingresado al “espíritu de la época” y se afianzaría en la primera mitad del siglo XX, había sido la idea de que el hombre no era un ente de peculiar excepción entre el resto de los seres vivos, hasta con un cuerpo creado especialmente por Dios, sino que era - en su condición física y en su psiquismo- producto de cambios que habían afectado progresivamente a una cadena de ancestros, de modo similar a lo acontecido al resto de los vivientes.

Más allá del sentimiento que esto pudiera provocar, y de las versiones populares del asunto al estilo de aquello que “el hombre desciende del mono”, la afirmación del evolucionismo tuvo repercusiones en ámbitos diversos del pensamiento, las que se fueron plasmando a lo largo del siglo, incidiendo en la manera de entender la realidad.

Así, podemos examinar, por ejemplo, su influencia en el plano epistemológico.

2. Si bien en la propuesta transformista decimonónica hay matices de finalismo en la explicación del por qué de los cambios -ello se aprecia claramente en Lamarck y de modo algo más velado es rastreable

en Darwin¹ -, su aceptación en la ciencia del presente siglo bajo la forma de "teoría sintética de la evolución", pretendió desterrar el finalismo del campo científico, sustituyéndolo por el azar.

En la configuración de esto se entremezclaron diversos factores: proposiciones finalistas como "el ojo está hecho para ver" remontaban -o podían hacerlo- a consideraciones supracientíficas, como asociar a lo anterior la idea de un Dios Creador que crea lo existente con un orden funcional, en el que cada función es el fin preconcebido de lo existente en cuestión. También, propuestas como la anterior se consideraban antropocéntricas, en el sentido que para el hombre podía aparecer que tal o cual organización natural tenía esta o aquella finalidad, pero que eso no era más que una manera precipitada de entender las cosas, sin preocuparse por situar el relato en una perspectiva objetiva. En resumen, la proposición "el ojo está hecho para ver" se sustituía por otra que podía decir más o menos así: "el ojo ve porque en su configuración han coincidido una serie de factores tal que de ello ha resultado un órgano capaz de ver". Esos factores eran la miríada de mutaciones, fracasadas unas, exitosas otras, que habían constituido la evolución del ojo como órgano en particular.

Se comprende que quienes suscribían esta perspectiva, querían zafarse de consideraciones a su entender no comprobables: en efecto, si se acepta que los organismos han llegado a ser lo que son por una serie de cambios que se han ido adicionando en un tiempo tan largo como el de la historia de la vida sobre la tierra, no se puede probar que el ojo surgió para ver; lo que se puede mostrar es que con el ojo se ve. Pero

¹ Por ejemplo, la idea de que el cambio apunta a que las especies, al variar, ocupen de mejor manera los sitios posibles en la economía de la Naturaleza.

reemplazar la finalidad por el azar no es dar una mejor respuesta: invocar el azar es remitir el pensamiento al campo de lo inconmensurable (y de lo anónimo), de donde no puede emanar certeza alguna. Es, en definitiva, negarse a plantear la pregunta, pues se rechaza de antemano como imposible cierto tipo de respuesta posible, sin explicar, no obstante, el por qué de tal imposibilidad².

Por cierto, el rechazo al finalismo se venía gestando desde mucho antes en el pensamiento occidental, ya desde los comienzos de la Epoca Moderna³, cuando son cuestionadas la noción de substancia y la de finalidad que le es aneja ("algo" existe caracterizado por sus accidentes, tiene sentido por su esencia, que no proviene de aquellos sino de su función propia, esto es, de su finalidad⁴), pero es con la teoría de la evolución que tal crítica adquiere mayor peso teórico, por así decirlo, quizá por involucrar de un modo más determinante la imagen de Hombre vigente. Y no obstante, la mentalidad occidental -y la mente del científico, por ende- sigue funcionando, básicamente, como si la finalidad existiera: considérese al respecto, por ejemplo, la indagación en genética; todo el relato es allí finalista, aunque restringido a descripciones inmediatas. También es cierto que esta influencia del evolucionismo en la epistemología tuvo su auge hacia la mitad del siglo,

² "La investigación científica siempre empieza por la invención de un mundo posible", nos recuerda François Jacob, "El juego de lo posible", Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 32.

³ Cf.: Gilson, Etienne, "de Aristóteles a Darwin (y vuelta)", Eunsa, Pamplona, 1980, p. 52.

⁴ El fundamento ya está, por cierto, en Aristóteles; así, por ejemplo: "Es claro que la Naturaleza es una causa, una causa que opera para un propósito", Física, II, 8, 200b 32.

y desde entonces han surgido matices en la apreciación del asunto, al punto que hoy la negación del finalismo no tiene para todos el carácter axiomático que pretendió tener, al menos en el sector de las ciencias biológicas que es al que he estado haciendo referencia principal⁵.

3. La expansión de las ideas evolucionistas ejerció influencia, además, en otros campos, como en el de la política. En verdad, hay aquí una interacción en dos sentidos: del evolucionismo a la política y de ésta hacia el evolucionismo. El segundo caso nos lo muestra lo que fue, en la parte correspondiente, la ciencia oficial soviética -con Lissenko como su gestor-, la que optó por las ideas evolucionistas lamarckianas antes que por las darwinistas, dado que aquellas calzaban de mejor manera con la noción marxista del “salto cualitativo”. Y en lo primero, hubo influencia del evolucionismo en esa especie de autoafirmación egocéntrica europea

⁵ Cf.: Monod, Jacques: “La piedra angular del método científico es el postulado de la objetividad de la Naturaleza. Es decir, la negativa *sistemática* de considerar capaz de conducir a un conocimiento “verdadero” toda interpretación de los fenómenos dada en términos de causas finales, es decir de “proyecto” (...) La objetividad, sin embargo, nos obliga a reconocer el carácter teleonómico de los seres vivos, a admitir que en sus estructuras y *performances* realizan y persiguen un proyecto” (“El azar y la necesidad”, Hyspamérica ediciones Argentina, Buenos Aires, 1985, p. 30). Monod, a fin de cuentas, concilia el azar situándolo al inicio de la constitución de la vida, con la teleonomía ínsita en los organismos, que haría posible -como conductora de un proyecto- sortear los escollos de la selección natural: “El aparato teleonómico, tal como funciona cuando se expresa por primera vez una mutación, es el que define las *condiciones iniciales* de la admisión, temporal o definitiva, o del rechazo de la tentativa nacida del azar. Es la *performance* teleonómica, expresión global de las propiedades de la red de las interacciones constructivas y reguladoras, la que es juzgada por la selección, y es de este hecho que la evolución parece cumplir un “proyecto” (...)” (id., p. 120).

(mezclada con racismo) en virtud de la cual se consideraron como un grupo "ganador" en la carrera por la vida, frente a todo el resto de la humanidad que no había alcanzado su nivel de civilización, excepción hecha de la América anglosajona, en la que, si bien reconocían aún rusticidad, vislumbraban un enorme potencial de desarrollo. En el mismo Darwin hay algunas afirmaciones en este sentido⁶.

La expansión colonial europea tiene en buena medida ese fundamento en la así sentida superioridad natural de ellos frente a los otros. Y el colonialismo generó gran parte de los mayores problemas del siglo: recordemos que los conflictos entre los Estados europeos por la ampliación de sus dominios, fue un ingrediente principal en los orígenes de la Primera Guerra Mundial; y el despojo de territorios coloniales que después del conflicto sufrió Alemania en beneficio de las potencias vencedoras, motivó el alegato de ésta en pos de su "espacio vital", y estuvo entre las causas que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. A su vez, el ejemplo europeo de comienzos de siglo incitó a otras naciones, como el Japón, a lanzarse también por la vía imperialista que se concretaría en la construcción de la "esfera de la coprosperidad", en reemplazo del colonialismo europeo en Asia. Por otra parte, la constitución de grupos nacionalistas colaboradores con el régimen japonés durante la ocupación nipona de las antiguas colonias europeas del sudeste asiático, así como el surgimiento de grupos autóctonos de resistencia, se cuentan entre los factores que desataron las guerras de liberación de dichos territorios en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo, proceso que sería imitado luego por Estados y etnias

⁶ Cf.: Darwin, Charles, "El Origen del Hombre", Diana, México, 1971, p. 192.

africanas. Indochina, Malasia, Argelia, el Congo, son algunos de los nombres principales que jalonan este proceso; añádase a ello la retirada europea de otras colonias, como la India, o de posesiones semicoloniales como las del Medio Oriente y Egipto, y tenemos casi completo el mapa de los conflictos más sangrientos de la segunda mitad del siglo.

4. En conexión con el tema político, el evolucionismo tuvo también su expresión económica, si bien aquí la influencia fue más de las tesis de Spencer que de las de Darwin aunque el conjunto recibió el nombre de “darwinismo social”, y consistió, en lo fundamental, en la transposición de conceptos como “lucha por la vida”, “selección natural” y “supervivencia del más apto” al quehacer económico, todo ello dentro del marco de la economía liberal (con un estado mínimo y tutelar del libre juego de las fuerzas económicas), siendo la identificación evidente la de los pobres con los perdedores y la de los ricos con los ganadores en este escenario paralelo. Por lo demás, esta transposición no es sino el recorrido inverso de la influencia que el pensamiento liberal -en concreto, el de Adam Smith- tiene en la formación del evolucionismo, y en cuya obra podemos encontrar prefigurados ciertos conceptos: la competencia, por ejemplo, esa mano misteriosa que mueve la economía, se puede equiparar a la lucha por la vida, y el antiteleologismo que sustenta el *laissez faire* -la finalidad aparece sola en cada momento de la coyuntura, pues no existe previamente- es similar al que aparece en la afirmación del surgimiento de variaciones en un organismo: aparece una variación, y luego es posible apreciar si sirve para mejor o peor.

Y puesto que hay mejor y peor en el desarrollo de los organismos, también lo hay en el desarrollo fisio-psicológico del ser

humano, y preocuparse de ello se consideró, en la década de los '30, asunto de preocupación del Estado. Era la cuestión de la eugenesia, ligada, también, al evolucionismo.

5. En su origen, la eugenesia -disciplina concebida y bautizada por Francis Galton, primo de Darwin, y que pretendía constituir un conjunto de saberes mediante los cuales mejorar sistemáticamente las razas animales y las del hombre- fue estimulada por las tesis transformistas: si la selección natural coexistía con la selección consciente -es decir, con aquella ejercida desde milenios por el hombre sobre vegetales y animales que cultivaba y criaba para su provecho-, ¿por qué no ampliar el campo de la última en beneficio del hombre? Parte de ese beneficio sería cuidar, en el hombre, lo mejor de la herencia racial. Esto era, en cierto modo, respuesta a una sombra inquietante que planea sobre la tesis de Darwin: la insinuada amenaza de la posibilidad de la regresión en el proceso de evolución; si el hombre provenía de ancestros más primitivamente organizados, inferiores en la escala de perfecciones, el peligro de una transformación degenerativa era algo insito en el proceso de cambio. Convenía, entonces, controlar ciertas taras con el fin de evitar su propagación a través de la descendencia⁷.

⁷ Claro que, en este tema -y esto, para agregar una faceta más a cualquier debate al respecto- no sólo entraban a tallar factores físicos o psicológicos evidentes, también -y esto está ya en el darwinismo- consideraciones morales: "los holgazanes", por ejemplo, era un tipo de indescables cuya descendencia se lamentaba.

Asumido esto, una de las medidas a adoptar era la de determinar las taras incompatibles con el cuerpo social, y esterilizar a los afectados.

Que alguien recuerde respecto de esto las leyes relativas al asunto que existieron en Alemania durante la época del Tercer Reich es lo normal, dada la propaganda sostenida por décadas en su contra; no obstante, mayoritariamente se ignora que antes que dicho régimen gobernase en Alemania, otros países europeos ya contaban con leyes eugenésicas que consideraban como medida a emplear la esterilización: en algunos cantones de Suiza, desde 1928; en Dinamarca, desde 1929; Noruega y Suecia también crearon legislaciones semejantes, y en algunos Estados de Estados Unidos ocurrió otro tanto. Más aún: en estos países y otros, como Austria, la eugenesia se siguió practicando hasta avanzados los años '70, décadas después de la derrota alemana del '45.

Por otra parte, la esterilización o la disposición forzada de dispositivos anticonceptivos como parte de planes de control de natalidad inspirados por el gobierno de los Estados Unidos y aplicado a los estratos pobres y de menor desarrollo cultural de los países del tercer mundo, recuerda esa connotación moral a la que aludíamos, y recuerda también a Malthus, que es una de las fuentes de Darwin⁸.

⁸ Malthus decía cosas como la siguiente: "Por muy duro que pueda resultar en ciertos casos individuales, la pobreza dependiente debería ser considerada vergonzosa. Este estímulo parece ser absolutamente necesario para promover la felicidad de la gran masa de la humanidad, y cualquier intento de carácter general para debilitarlo, por muy caritativa que sea su aparente intención, derrotará siempre su propio propósito. Inducir a los hombres a casarse sin más perspectiva que la de la asistencia pública y a sabiendas de que sus probabilidades de poder mantener a su familia con independencia son mínimas o incluso nulas, es, no sólo tentarles indebidamente a atraer sobre ellos y sus hijos la desgracia y la dependencia, sino también animarles a que inconscientemente

Y en nuestros días hasta se emparenta esto con la opinión formulada hace pocas semanas por el Ministro del Interior inglés, Straw, según la cual era partidario de encarcelar a cierto tipo de dementes para evitar que cometieran crímenes. El parentesco radica en que ya Darwin veía como factor de equilibrio el que normalmente se encerrase a los locos, pues de ese modo se hacía imposible su reproducción⁹.

Como es posible apreciar hasta aquí, si la incidencia epistemológica del evolucionismo radica en que, en un momento dado, favorece el antifinalismo, en política en cambio ayuda a establecer un finalismo con propuestas al estilo de "el hombre nace para", en su versión más moderna, o "nuestra raza existe para", en la más antigua.

E hilando fino, es posible que ronde por aquí algún tufillo en común con la sobrevaloración del cuerpo y de lo joven que se aprecia en las últimas décadas; el cuerpo joven como sinónimo también de lo ganador en la vida: lo sano, lo bello, lo que hay que conservar, por tanto, en una lucha perdida de antemano, ya lo sabemos, pero que reporta pingües ganancias a quienes la administran.

Y ya para terminar este vistazo, volvamos a la ciencia, esta vez para indicar cómo algunas disciplinas adquirieron una mayor resonancia por su participación en la perspectiva evolucionista.

6. Cuando Darwin formuló su teoría, no se sabía cómo se heredaban las características de un individuo a otro, y ni siquiera se

perjudiquen a todos los que pertenecen a su misma clase. El obrero que se casa sin poder mantener a su familia puede ser considerado, en cierta medida, como enemigo de todos sus compañeros". Malthus, Robert, "Primer ensayo sobre la población", Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. 96-97.

⁹ Darwin, op. cit., p. 185.

sabía cómo se producía la formación de un nuevo ser. Lo último fue descubierto por Hertwig en 1875, lo que a su vez estimuló el desarrollo de la biología celular que en este siglo desembocó en la genética, cuyos avances ya han permitido intervenir en los procesos de transformación en vegetales y animales, produciendo, si no especies, tipos nuevos con alteraciones específicas: vegetales inmunes a cierto tipo de plagas, animales comestibles con mayor volumen cárneo, o con menos grasa, etc. ¿Se utilizará la genética para lograr transformaciones en el hombre? Teilhard de Chardin auguraba aquello y lo hacía sin temor ubicándolo en su perspectiva Cristocéntrica¹⁰. En la prensa reciente, Stephen Hawkins afirmó la inevitabilidad de aquello. Cada vez más, entonces, la “selección consciente” iría tomando el lugar de la “selección natural”, y el hombre iría siendo señor de su evolución como especie. Señor, *dominus*, *Deus*, Dios, como ya lo dijo Richard Seed (“seed”=semilla, irónicamente) el científico norteamericano que busca clonarse a sí mismo. La pregunta es obvia: ¿transformarse en qué?, ¿hacia qué? Y aquí topamos con la ética. También con la religión, la cual, en el caso de la católica, admitió por boca del Papa en octubre de 1996 que la teoría de la evolución era “más que una hipótesis”, dando un paso mayor que el de Pío XII en la encíclica *Humani generis* de 1950, en la que ya se la aceptaba, en principio, como posibilidad interpretativa.

7. Finalmente, es necesario mencionar la influencia de la teoría de la evolución en la paleontología y en forma particular en la paleoantropología física. Cuando Darwin expuso sus ideas, uno de los

¹⁰ Cf., por ejemplo, “El grupo zoológico humano”, Taurus, Madrid, 1967, pp. 120-122.

grandes obstáculos iniciales de su aceptación a nivel científico era lo exiguo del registro fósil existente entonces, lo que impedía exhibir pruebas del proceso de la transformación de alguna especie en particular. La verdad es que dichas pruebas -si entendemos por ello una **demonstración** en base a fósiles- tampoco pueden exhibirse hoy de manera fehaciente, sin embargo sí se puede mostrar una gran cantidad de tipos fósiles que tienen relación de parentesco con las especies actuales, si bien lo que resulta difícil determinar es el exacto lugar que ocupan en un *phylum* en particular. No obstante, la tesis evolucionista -y aquí rozamos otra vez el tema del finalismo- permite establecer una suerte de esquema organizativo para la interpretación e integración de cada nuevo hallazgo. La evolución, en general, va indicando una mayor complejidad en los organismos si se considera la vida como un todo, y en cada especie parece suceder algo similar, aunque hay excepciones: hay especies que no han variado en millones de años y siguen siendo exitosas en tanto siguen vivas. En otros casos, como en el género de los homínidos, hay variantes que, situándose en estadios posteriores y supuestamente de mayor perfección que los anteriores, muestran pese a ello tipos fallidos, "ramas muertas" con caracteres más primitivos que otros exponentes más antiguos; tal es el caso, según los datos que hasta ahora se poseen, de los australopitecos robustos en comparación con los australopitecos africanos (o gráciles), por ejemplo. Y en el caso del linaje *Homo* propiamente tal, aún se ignora el ancestro concreto del *sapiens sapiens*, pues se le sigue negando al *sapiens neanderthalensis*, el más próximo a nosotros, ese lugar en la genealogía, condenándolo como intento fracasado. Son muchas las cosas que se ignoran en este ámbito, pero también muchas las que se saben, y en la obtención de dicho

conocimiento la orientación evolucionista ha sido herramienta importante en la medida en que ha establecido como criterio básico el avance de lo simple a lo complejo.

Otras conexiones siguen vigentes, como la existente con la política, por ejemplo, si pensamos que, enfrentados a proponer un origen monofilético o polifilético para la humanidad actual, la propuesta monofilética es la "políticamente correcta", pues asegura una igualdad de origen a todas las razas existentes, lo que no obsta para que, pese a ello, la tesis polifilética sea racionalmente muy plausible.

De todo lo que hemos dicho, hay aspectos que han pasado a ser manera corriente de ver la realidad en el hombre común. Después de la trizadura de la cosmovisión que situaba al hombre como criatura separada en su origen del resto de los vivientes, el espíritu de la época ha efectuado la compostura de integrarlo en un conjunto donde, a veces, la parentela puede, sin embargo, provocar bochornos. Pero como siempre, el hombre occidental se las ingenió para recomponer una imagen de sí mismo que le fuese halagüeña: si ya no era criatura predilecta por condición de origen, era entonces el ganador en la carrera por la vida, la forma más perfecta del enjambre de vivientes cuyos linajes partían todos de procariotas primigenias. Incluso en la imagería popular de la ciencia ficción, el hombre es ganador aun frente a formas más avanzadas de otros mundos, si debe enfrentarlas. Algo así como decir que, sea como sea, somos imbatibles. Como recomposición de imagen, no deja de ser un consuelo.